

AGENDA CIUDADANA

LA VIDA DENTRO DE LO (APARENTEMENTE) MUERTO

Lorenzo Meyer

El Fascinante Mundo de los Archivos.- “No voy a dedicar mi tiempo a reconstruir y estudiar lo que hicieron otros ¡que otros dediquen el suyo a reconstruir y estudiar lo que voy a hacer yo!”. Eso, recuerdo, me lo dijo un colega muchos años atrás, cuando ambos recibimos nuestro título de licenciatura. Por tanto, el hizo a un lado la posibilidad del postgrado y se marchó al “mundo real”, al de la administración pública. Su decisión era tan respetable como la alternativa, aunque implicaba una apuesta muy arriesgada. En el terreno de la acción, el juego es brutal, y al final son muy pocos los individuos dignos de despertar el interés de los investigadores por buenas o malas razones, les llevan a interesarse en Sócrates o en Hitler, por ejemplo. La alternativa, dedicar la energía vital a desentrañar y poner en blanco y negro las acciones y fenómenos que tuvieron lugar en el pasado lejano o reciente, no necesariamente significa perder el tiempo; bien hecho, ese empeño puede ayudar a entender el presente, y a otear el futuro, cosas, ambas, con implicaciones muy prácticas. Además, en la investigación académica, y gracias a la libertad de enseñanza e investigación, no hay imposiciones “de la superioridad” sobre asuntos y enfoques, y no es la voluntad de otro sino la propia, el libre albedrío, lo que permite a quien que se mete al mundo de los archivos, de los documentos, de las hemerotecas y bibliotecas, elegir su tabla de valores, su campo de batalla, la bandera a defender y el enemigo al que atacar. Finalmente, el resultado del empeño está menos determinado por el azar y más por la disciplina y la capacidad individuales.

Desde fuera, la atmósfera de libros, papeles, mesas ...y polvo –el mundo de las bibliotecas, hemerotecas y archivos-- puede aparecer como un entorno tan muerto como la tumba de cualquier faraón de una de las 31 dinastías que reinaron en Egipto. Sin embargo, si se tiene pasión por un tema y antes se educa la mirada para saber qué y donde buscar, resulta que de entre lo aparentemente muerto puede brotar la vida. No toda la vida, claro está, pero sí un destilado. Así, con imaginación, un poco de suerte y mucha voluntad, el estudioso de los fenómenos sociales puede vivir al lado de caudillos y presidentes que fueron, entre los ejércitos, en medio del fuego y el estrépito; le duele ver perder a aquellos por los que tomó partido pero también hace suya su victoria, cuando la hay; el investigador puede escuchar los argumentos de los presidentes y secretario de Estado o de los directivos de alguna empresa o partido. También puede sumergirse en los grandes problemas de la pequeña comunidad indígena, en las complejidades del proceso productivo, en las negociaciones de cualquier rama de la economía, hundirse en las movilizaciones de masas, entrar a las prisiones o compartir los secretos de los aparatos de inteligencia. Pero mejor vayamos a un caso concreto, a un ejemplo que nos permita echar una mirada a un archivo, a uno muy a la mano e interesante, pues corresponde a los servicios de inteligencia de una gran potencia y sobre asuntos mexicanos.

El Sitio.- A diferencia de lo que ocurría hasta hace muy poco, hoy se pueden examinar algunos de los documentos históricos elaborados por los servicios de inteligencia norteamericanos –una parte muy pequeña, desafortunadamente--, sin tener que trasladarse a Washington, D.C. ni solicitar permiso; se puede hacer por la Internet, a www.gwu.edu/~nsarchiv/, por ejemplo.

Los documentos que hay ahí fueron puestos por el National Security Archive, una organización dedicada a demandar y publicar documentos “desclasificados” de los servicios de inteligencia norteamericanos. Dentro de los documentos disponibles –parcialmente por la censura--, hay una treintena relacionada con un asunto que sigue muy vivo: el 68.

La Trama.- Una de las tareas de los servicios diplomáticos, consulares y de inteligencia de las grandes potencias, es detectar, analizar y predecir la conducta de los movimientos contestatarios en cualquier parte del mundo, sobre todo en países que están dentro de la zona de influencia de la potencia o a los que se considera adversarios. De ahí que el gran movimiento estudiantil que estalló en México en 1968, enmarcado por movimientos similares en los propios Estados Unidos, Francia, Alemania, Japón, Yugoslavia, Checoslovaquia, Brasil o Uruguay, haya sido objeto de atención por parte de la embajada norteamericana en México, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) o el Departamento de Defensa de Estados Unidos.

En el libro 1968. Los archivos de la violencia (Grijalbo-Reforma, 1998), Sergio Aguayo sostiene que ya entonces la estación de la CIA en México era numerosa –medio centenar de personas— y que su jefe entre 1956 y 1969, Winston Scott, mantenía una relación estrecha con el gobierno mexicano y de amistad personal con el presidente Gustavo Díaz Ordaz (GDO). Se trataba, pues, de un personaje que en 1968 contaba con 12 años de experiencia en México y acceso privilegiado a las más altas instancias del poder en México (pp. 93-94). En vísperas de una visita a nuestro país del vicepresidente norteamericano Hubert Humphrey, los documentos de la CIA (reporte del 28 de marzo) presentan a un

país en paz, donde el PRI monopoliza la vida política y el presidente domina al PRI. Sin embargo, tres meses más tarde, y una semana antes de que se iniciaran los problemas estudiantiles en la Ciudad de México (reporte del 19 de julio), la CIA toma nota de la existencia de problemas estudiantiles en las universidades de Puebla y Veracruz. Es más, sospecha ya que algo pudiera ocurrir en la UNAM, pues el fraude electoral que se dio en Chihuahua el 7 de ese mes —posiblemente ya desde entonces ganó el PAN—, bien pudiera ser tomado como motivo para iniciar una movilización y poner en aprietos al gobierno y a los juegos olímpicos.

Esa turbulencia a la que temía la CIA estalló el 23 de julio, pero no como protesta contra el fraude electoral sino por la dureza de una acción policiaca contra un grupo de estudiantes. El contenido político inicial del movimiento fue mínimo, pero en un abrir y cerrar de ojos, el incendio se propagó pues la yesca estaba ahí de tiempo atrás. Desde el inicio y hasta el final de la crisis del 68, el gobierno sostuvo que el motor de la protesta no estaba en México sino fuera, en Moscú y La Habana. Lo interesante de los documentos en cuestión, es que pese a la atmósfera anticomunista que envolvía a la CIA y a la cercanía del responsable en México de la agencia con GDO, la inteligencia norteamericana nunca “compró” los argumentos del presidente mexicano. Los agentes de la potencia del norte apenas si detectaron relaciones entre los estudiantes y diplomáticos de la URSS o de Cuba. La CIA supuso siempre, y supuso bien, que el interés central soviético en México no era provocar la caída del gobierno de GDO, sino al contrario, mantener una buena relación con éste para no perder una estupenda base de operaciones en la frontera con Estados Unidos (informes del 31 de julio, 2 de agosto y 9 de septiembre). Años después, Jorge Castañeda, en su libro, La utopía

desarmada, (Mortiz-Planeta, 1993), señaló que no le fue posible encontrar ningún testimonio o prueba que mostrara que Cuba apoyó en México lo que si apoyó en otros países de la región: la lucha armada contra el régimen (p. 105), y las razones cubanas fueron las mismas que tenía la URSS, razones de Estado: le interesaba a Cuba más la relación con el único país latinoamericano que no se había sumado al bloqueo político encabezado por Estados Unidos, que jugar la muy incierta carta de una revolución socialista en México.

¿Por qué?.- Desde muy pronto, la CIA en México informó a Washington que el presidente GDO se proponía enfrentar las acciones de los estudiantes con “medidas muy duras” (6 de septiembre). Sin asumir ninguna actitud crítica, ni menos condenatoria por el uso de la fuerza, los analistas norteamericanos hacen saber a sus superiores que más allá de la fuerza, al gobierno de México no parecía habersele ocurrido ninguna otra respuesta o salida a la crisis (9 de septiembre). Poco después se informa que ya había, por fin, una idea: crear “comités de auténticos estudiantes” para enfrentarlos a los huelguistas (13 de septiembre). Como sabemos, la poco original idea de los “rompehuelgas”, que se había usado con éxito en otras circunstancias más simples, ya no sirvió esa vez.

Para septiembre, la CIA no tenía duda de que la crisis mexicana era seria. Los estudiantes se organizaban cada vez mejor y se habían convertido en lo que antes del 23 de julio no eran: en un factor de la política nacional. Los de la CIA no llevaron su análisis político a un nivel más profundo –al de las implicaciones que tenía para un régimen autoritario la existencia de un actor político independiente-- , pero si se dieron cuenta que el PRI había perdido el control que antes tenía sobre la conducta política (public behaviour) de algunos ciudadanos, de ahí que

llegaran a una conclusión bastante interesante: que el antiguo orden mexicano estaba quedando en el pasado (the old order is passing). (9 de septiembre). Es necesario notar aquí que el 19 de septiembre, el problema mexicano ya había llegado a la mismísima mesa del presidente norteamericano, Lyndon Johnson, en la forma de un breve memorándum de información de Walter Rostow.

Tras la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco, viene la parte más interesante. En un borrador de trabajo del 15 de noviembre, el servicio de inteligencia norteamericano, tras calcular en un centenar a las víctimas de la masacre, y repetir que la versión oficial consiste en culpar a la intervención comunista del problema, concluye: “La administración mexicana no parece darse cuenta que los extremistas [mexicanos] incluso con la ayuda de elementos extranjeros, difícilmente hubieran podido sostener la agitación por tanto tiempo si la insatisfacción no estuviera tan extendida”. Y la CIA da su receta: “es necesario modificar la muy extendida visión de que el PRI es un aparato muy bien atrincherado, pero estancado y que opera básicamente en su propio beneficio”. Por otro lado, los opositores deben aceptar que “pese a su enorme corrupción y deshonestidad, el partido [PRI] es o volverá a ser una fuerza política vital para el proceso de cambio y crecimiento económico”. Finalmente, en un pequeño reporte especial del 17 de enero, la CIA concluye: el que un problema estudiantil menor se haya convertido en un gran movimiento político se debe menos a las razones mismas para la insatisfacción y más a que las olimpiadas ofrecieron un terreno muy fértil para la protesta de los descontentos. Sin embargo, “hay, pese a todo, un contexto real para algunas de las [razones de las] protestas de los estudiantes, cuyos esfuerzos son un signo más que advierte que ya quedaron en el pasado los

mejores tiempos del tan pregonado progreso y del genio mexicano para mantener la estabilidad”. No esta mal la conclusión, sobre todo considerando de quien venía.

En este archivo se encuentra, también un documento de la inteligencia militar donde se asienta la posibilidad de que dos generales, Mario Ballesteros Prieto del Estado Mayor de la Secretaría de la Defensa y Luis Gutiérrez Oropeza, jefe del Estado Mayor Presidencial, hayan actuado en contra de las órdenes del general secretario de la Defensa, Marcelino García Barragán, pues sus órdenes eran rodear la Plaza de Tlatelolco para impedir que los manifestantes marcharan a otro lado, pero no atacarlos (la fecha del informe está borrada). Este informe enviado al Pentágono por, supongo, el agregado militar en México, no niega sino avala el sentido de los documentos del general García Barragán publicados por Julio Scherer y Carlos Monsivais en Parte de guerra., (Aguilar, 1999), y donde el ex secretario de Defensa pone en los hombros del Estado Mayor Presidencial el inicio de la agresión la tarde del 2 de octubre. Cada vez queda más claro que el ejército no obedecía entonces, como se suponía, a un solo mando, y que alguien lo manipuló.

Como haya sido, el ejemplo aquí narrado muestra que sabiendo qué, como y donde preguntar a los documentos del pasado --y sabiendo luego como ordenar y contar lo que esos papeles le han develado al investigador--, éstos le puede decir cosas vitales al presente e incluso al futuro: le puede transmitir secretos y experiencias, conocimiento que bien usado puede ayudar a minimizar los riesgos y a maximizar las oportunidades. Lo dicho, hay vida en lo aparentemente muerto.